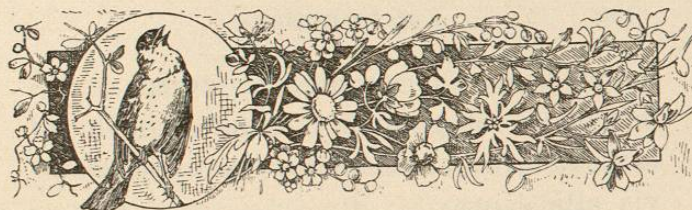


como se abrió de repente una sima, tres años hizo en Febrero, y sin colmar se halla á la hora presente.

» Con esto y lo que se adivina, ya sabe usted de Villavieja casi tanto como su muy obligado y afectísimo amigo q. l. b. l. m.

» CLAUDIO FUERTES Y LEÓN. »



V

QUINCE DÍAS DESPUÉS

AQUELLA mañana madrugó don Alejandro casi tanto como el sol, y eso que era el de los días más largos del mes de Junio, de los «de por san Juan». No había pegado el ojo en toda la noche; y no por miedo á los ladrones ni por extrañar la cama, sino por la comezón de la pícara curiosidad, que le tuvo en vilo. Por si á Nieves le

había pasado lo propio, se acercó á la puerta de su gabinete, aplicó el oído á la cerradura, y, en efecto, Nieves se revolvió allá dentro.

— ¡Nieves! — llamó trémulo de gusto.

— ¡Papá! — respondió la voz argentina de Nieves. — Estoy concluyendo de arreglarme... Allá voy en seguida.

— ¡Ajá! Pero dime: ¿has cumplido tu palabra?

— Como que me estoy vistiendo casi á oscuras.

— Así se hace, ¿canástoles! Pues mira: ya, por lo poco que falta, no lo echemos á perder con una mala tentación. Firmes con ella si acomete, ¿eh?

Se oyó la risa franca de Nieves muy cerquita de la puerta, que á poco rato se abrió dando paso á la sevillanita envuelta en un blanco y holgado peinador, con toda la espesa y fina mata de su pelo rubio dorado tendida sobre la espalda.

— Para que veas que no te engaño, — dijo á su padre señalando al fondo del gabinete: — mira qué oscuro está todo.

En efecto, no se veía otra luz allá dentro

que la que se filtraba por las rendijas de los postigos cerrados con sus aldabillas sobre las correspondientes vidrieras: la precisa para andar allí sin tropezones.

Entonces fué don Alejandro quien se rió.

— ¡Qué cosas tenemos á lo mejor los hombres llamados formales! — dijo. — Pues mira: pequeñeces son y hasta tonterías parecen; pero tienen su encanto, y, ¡qué demonios le queda de placentero á la vida si se le quitan esos recreos?... ¿No es así? Pues, canástoles, el que se riera de nosotros ahora, sería un grandísimo majadero.

— Ya se ve que sí, — dijo Nieves siguiendo el humor á su padre. — Pero, dime, — añadió: — ¿también aquí me está prohibido mirar?

— Aquí no, — respondió muy formalmente don Alejandro, — porque esto tiene bien poco que ver. Tú hazte el cargo: ya que la casualidad te metió en Peleches por primera vez de noche cerrado, la gracia de la cosa está para mí en estimar yo mismo el efecto que te produzca lo que te vaya poniendo delante de los ojos y que no se ve todos los días ni en todas partes. ¿Te ente-

ras? Pues no hay más. Pero aguárdate un poco... ¡Catana!... ¡Catana!...

Esto lo gritó don Alejandro desde la puerta que daba al pasillo, para que acudiera la rondeña, que se llamaba así.

—Tengo yo mi puntillo de vanidad,— dijo á Nieves mientras la quintañona venía,— en que este erizo andaluz que desde que salió de la tierra no ha puesto la mirada en cosa que le parezca bien, aprenda á mirar como es debido lo que se ve desde aquí, hasta que se muera de repente por mal de asombro y maravilla.

En esto llegó Catana, con su cabeza gris, su color cetrino, sus ojos negros y bravíos, su sempiterno vestido de indiana muy floreado, y su pañolón negro, de seda, con los picos anudados atrás.

—¿Qué manda zu mercé?— preguntó desde la puerta.

—¿Qué has visto— la preguntó á ella su amo— de tantísimo como hay que ver desde esta casa?

—Ná, zeñó.

—¿Cómo que nada?

—Ná... zino e peor que ná; porque

azomé la fila, andando en mi trajín, por un ventaniyo de eta parte, y too lo vide negro, y dije: po zeñó, pa poca y mala zalú, á la joya... Y no he querío ver má.

—Pues aguántate aquí á la vera nuestra,— dijo Bermúdez después de reirse con Nieves de la ocurrencia de Catana, que hablaba siempre con la mayor seriedad,— para que te mueras pronto y de una vez, y á gusto mío... Y vamos á ello, empezando por lo de adentro por ser lo peor. Esta pieza en que nos hallamos, como te dije anoche, ¿te acuerdas, Nieves?, es el salón de recibir, vamos, el estrado. Ya ves que, por extenso... ¿eh? se pueden correr potros en él. De esto ya te enteraste anoche, pero no de los cuadros... ni del tillado de castaño negro con remiendos de cabretón, por falta de luz. Mira qué puertas, de roble, con su cristalillo de á tercia en su correspondiente cuarterón. En cada tiempo su estilo. Esta Purísima tan estropeada, es copia de una de Murillo, y dicen que no era mala cuando la trajo de Madrid mi bisabuelo paterno. Este retrato que la sigue por la izquierda, es de mi padre, y el otro de

la derecha, de mi madre. Son obra de un pintor que anduvo tomando vistas por estos sitios, muerto de hambre. Así están ellos. Del mismo pincel y de la misma época son estos cuatro de este lado: Héctor, Aquiles... ¡Demonio! parece que te voy á hablar del sitio de Troya... Cosas de mi padre. Pues son mis hermanos y mi hermana Lucrecia, y yo; yo sin pelo de barba todavía, pero con mis dos ojos cabales... con los que tú me alcanzaste aún, Catana, en época bien memorable para mí... Pero no hablemos de esto, canástoles, que es muy amargo y muy duro de digerir... Corriente. Pues con decirte que estos seis retratos le costaron á mi padre cuarenta duros y el hospedaje del pintor, que todavía se consideraba rumbosamente pagado, te digo cuanto hay que decir sobre el mérito de su pincel.

— Y este señor del pelucón y casaca bordada, ¿quién es? — preguntó Nieves.

— Ese es, digo, ese fué don Cristóbal Bermúdez Peleches, cuarto abuelo mío, y fundador del mayorazgo en los principios del siglo pasado. Desempeñó en Méjico el cargo de Intendente general durante mu-

chos años, y de allá vino nadando en oro; casó en Madrid con una señora de la cepa ilustre de Pacheco, y labró esta casa sobre la más modesta, aunque no menos hidalga, en que él había nacido... Pero de este preclaro ascendiente nuestro ya me has oído hablar muchas veces, lo mismo que de este otro que le sigue, con hábitos de sacerdote y la medalla de la Inquisición colgada del cuello. Fué inquisidor, también en Méjico, y trajo de allá estas cornucopias que ves alrededor de la sala junto á la cornisa del techo. Tiéneselas por cosa notable, aunque no lo parecen á la simple vista. Este vargueño tan roído ya por la polilla, también fué traído de Méjico por el mismo inquisidor... ¿Te fijas en la sillería, eh? Ya habrás notado que no juega con el vargueño ni con las cornucopias, ni se honra con tan señalada procedencia. Es ebanistería de la más mala entre lo peor que se ha hecho y estilado en esta tierra. Con todo, tiene para mí gran mérito por los recuerdos que me trae á la memoria... ¿Te vas enterando tú también, desaboría gitana?

— Zi zeñó, — contestó la rondeña, muy grave y con los ojos muy abiertos.

— Pues á otra cosa entonces, porque se acabó la sala... Voy ahora á enseñaros algo de lo de afuera, pero de lo menos bueno; lo que corresponde á la fachada del Sur, que es adonde miran los tres balcones de ella, ó sean este que voy á abrir, otro del gabinete mío y otro del tuyo, Nieves... Ahí está lo menos hermoso del panorama. Desde la plataforma de la torre os le hubiera enseñado para que le gozarais sin estorbos por todas partes; pero, según noticias de mi amigo Fuertes, la plataforma está de mírame y no me toques, sin contar con que le falta á la torre media escalera, cabalmente la mitad de abajo... Mas esa y otras dificultades parecidas, ya se irán remediando.

Nieves y Catana, mientras hablaba así don Alejandro, después de mirar lo que se descubría de frente y sin esfuerzo, querían salir al balcón para mirar hacia los lados.

— Poco á poco, — les dijo don Alejandro conteniéndolas: — no se permite mirar más que por derecho y desde ahí ¿estamos?: lo

otro ya se verá desde donde deba verse... Por de pronto, la fachada es de sillería, como la del Este... No hay para qué verla, señoras, porque lo afirmo yo, como afirmo que sobre cada balcón de los tres de este piso, hay otro más pequeño y de púlpito, con sendos escudos de armas en los dos entrepaños principales... Quietecitas he dicho, que tiempo les queda de comprobar lo que afirmo... y vayan mirando. Aquí, debajo, un poquito de jardín, bastante disimulado, porque la verdad es que hasta que yo mandé que le aliñaran un poco, contando con que ibas á venir tú, nadie se ha cuidado de él en muchísimos años. Eso que ahora es una tapia regular con puerta enrejada, fué *en años ténporas*, como dicen los *poencos* de tu Serranía, ¡oh gitana! casi muralla de sitio con su portón correspondiente; como fué patio con horno y pozo, que aun se conserva, según podéis ver, y no sé cuántas accesorias, esto que á la presente es jardín. Después de la calzadita que pasa por delante de la puerta, otro cercado, con árboles, pradera y tierra labrada, que se va hundiendo poco á poco

según se va alejando, lo mismo que la faja de pinos que le contornea por nuestra izquierda. Es, como si dijéramos, la huerta de esta casa... Vuelve á subir el terreno después de una larguísima hondonada; pero con otro ropaje más basto y más bravío, y acaba en una gran mancha verdinegra que se esparce á un lado y á otro...

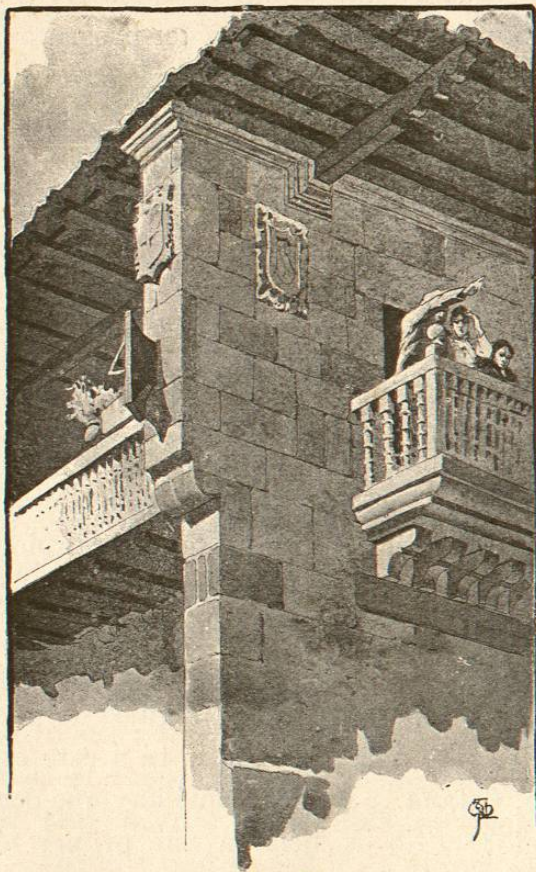
—Eza mancha jué lo negro que yo vide, —dijo Catana sin poderse contener.

—Pues esa mancha negra, mi señora doña... espantos sin sustancia, es un magnífico pinar, y de mi legítima pertenencia, como la huerta y lo que sigue hasta él... ¿estamos?; y aunque algo triste de color, no es para que nadie enferme al mirarlo, y mucho menos una res brava de ciertas espesuras que yo me sé. ¿No es verdad, Nieves? Sé franca, tú que pintas algo y entiendes más que Catana de estas cosas. Fíjate bien: aquí la lozanía de la huerta; después el recuesto verde sucio; luego el pinar casi negro; en seguida un monte gris, rapado y pedregoso; y en último término, una montaña azul. ¿No tiene todo este conjunto su belleza especial? Además,

os lo tengo anunciado como lo menos bello del panorama, y no podéis, en buena conciencia, llamaros á engaño ahora... Y se acabó este primer número del programa... A otro en seguida... y quédense estas puertas abiertas para que se vaya inundando de la gracia de Dios toda la casa...

Por aquí, por el pasadizo este... Alto en esta puerta de la izquierda, y mucho cuidado con no torceros un pie en algún rendijón del tillado de adentro. Como la pieza tiene balcón, único claro que hay en la fachada correspondiente, la del Noroeste, se cuelan las invernadas por él lo mismo que si no vinieran á Peleches más que para eso. ¡Como está tan alto y tan descarado!... Nadie ha podido habitar en esta pieza jamás. Cuidado, repito, mucho cuidado donde se pisa... ¡Ea! ya está de par en par, digo, ya están separados estos pingajos de puerta... Ponte aquí, Nieves, y tú á este otro lado, Catana... Vamos, ¿qué hay que decir á esto?... No os fijéis en este primer término, que es árido y escabroso, como todo terreno de costa, sino en lo demás, en lo llano, que es la vega de Villavieja, verde

aquí, parda allá, con sus caseríos salpicados, después alturas grises y alturas ver-



des, y sierras peladas y montes oscuros...
¿Veis una rayita blanca, allá lejos, que

culebrea un ratito en el contorno de la vega y luego se pierde entre dos cerrillos? Pues es el camino real. ¿Veis otra rayita que cruza la vega por este lado de la izquierda, en dirección á los mismos dos cerros en que se pierde el camino? Pues es la senda que une á Villavieja con él. Por ahí vinimos anoche nosotros, sólo que al llegar á la entrada de la villa, tomamos otro camino que sube á Pelechés por esta ladera... Vedle aquí arrastrándose debajo del mismo balcón en que estamos... ¿Eh? ¿Qué tal? Me parece, señora serrana, que aquí no hay negruras que maten ni asusten á ciertos corazoncitos temerosos y delicados... Bien claro, abierto, luminoso y variado es por donde quiera que se mire todo ello... Vamos, diga usted que sí ó que no, como Cristo nos enseña.

—¿E de zu merzé la vega tamién?— preguntó Catana á su amo, en lugar de responderle.

— Una buena parte de ella, — contestó Bermúdez un poco amoscado. — Pero ¿qué tiene que ver lo uno con lo otro? ¿Lo barruntas tú, Nieves?

Nieves, que toda era ojos y respiración, para gozar á sus anchas de la luz y los aromas de que estaba inundada la campiña, adivinando la malicia envuelta en la pregunta de Catana, contestó á la de su padre, sonriéndose con la rondeña:

— Es una salida como otras tuyas, por no mentir. Teme que lo sientas si te dice que no la gusta... por lo menos tanto como...

— Como la Serranía de siempre, vaya, — concluyó don Alejandro.

— Ezo igo yo, — confirmó Catana, mirando á Nieves con la cabeza algo gacha.

— ¿Y tú también eres de su parecer, hija mía?

— Yo no, papá, — contestó Nieves al punto y sin la menor traza de engañarle. — Es decir: por de pronto, me gusta esto mucho, muchísimo: lo que hay es que no conozco lo otro que le parece mejor á Catana, y pudiera serlo. ¿No es así, Catana?

— Así, — respondió Catana, acentuando la palabra con la cabeza.

— Pues ahora mismo voy yo á poner á su señoría macarena — dijo Bermúdez em-

pujando hacia dentro á las dos mujeres — delante de algo que no se pueda ver desde allá por mucho que levante la jeta el serrano de más alzada... ¡Canástoles con los melindres de mi abuela y el pujo de la comparación!... Por el pasillo de la derecha hasta la puerta de enfrente... Esta pieza, Nieves, no te la quise enseñar anoche, porque aun estaba arreglándose cuando te fuíste á acostar: ya te lo dije. Es donde más se ha esmerado don Claudio, y la que más le ha dado que hacer después de tu gabinete. Se ha empapelado, pintado y casi tillado de nuevo... Mírala. Aquí tienes el piano, los avíos de pintar y de hacer labores, libros, dibujos... en fin, tu taller de artista y tu saloncillo de mujer hacendosa. Ahora no hagas más que pasar y mirar, y ni siquiera me des las gracias que se te están escapando por los ojos y por la boca. La cosa, en primer lugar, no vale la pena, y en segundo, venimos aquí por otras muy diferentes... A la una, á las dos... ¡Ahí está eso, y muérete ya, gitana, porque te ha llegado la hora!... Más afuera todavía las dos: aquí, en la misma